

presentó sus cartas credenciales al Príncipe Presidente Luis Napoleón, a cuyo enlace con la española Condesa de Teba, Eugenia de Montijo—talento y belleza—asistió, firmando como testigo el acta de esponsales.

¿Cómo resultó la misión de Donoso Cortés en la nación francesa? Su correspondencia, sus agudas observaciones, verdaderas profecías, lo indican; el vidente se expresaba para el futuro; bien situado en los medios sociales, vivía intensamente la vida intelectual y hacía frecuentes visitas a las Hermanitas de los pobres. Su mejor amigo, el periodista Veuillot—a quien dirigió sus misivas más efusivas e íntimas—consigna: «A veces se excedía tanto en sus larguezas que no tenía una camisa en buen estado que ponerse», dejando constancia así mismo de su profunda acción religiosa, devoción creciente y práctica continua de la oración. Un colega suyo, el Conde Hübner, Embajador en Austria, le retrata así: «Anacoreta perdido en las áridas estepas de la diplomacia, apóstol predicando a los salvajes de los salones, asceta bajo el vestido bordado de Embajador...».

Enfermo del corazón, Donoso Cortés falleció en la capital de Francia en la Embajada de España, en su puesto de mando como especificamos hoy. La terrible dolencia le quitó la vida en un mes. No podía morir de otra afección quién veía que la política europea se apartaba de Dios, encaminándose por los derroteros del anticatolicismo, prediciendo con sus trenos apocalípticos terribles sucesos que desgraciadamente se cumplieron. Por eso su vida íntima estaba torturada, su corazón dolorido, herido de muerte. Esta llegó el día 3 de Mayo de 1853, ahora hace cien años. Tenía un crucifijo entre las manos. Sus últimas palabras—pronunciadas en presencia de una monja del Buen Socorro—fueron: «¡Dios mío, yo soy vuestra criatura; Vos habéis dicho: yo atraeré todo hacia Mí. Atraedme, recibidme!».

La más honda pena se apoderó de París, extendiéndose inmediatamente a España y al reino de la Catolicidad. Se ha escrito que fué llorado por ojos no acostumbrados a las lágrimas...

Un espectáculo edificante, impresionante, inenarrable, constituyeron sus exequias. Era el extranjero más amado en Francia.

En la más hermosa estación del año nació y murió este preclaro varón de la primera mitad del siglo XIX de quién dijo Menéndez y Pelayo: «Es la impetuosidad extremeña y trae en sus venas todo el ardor de sus patrias dehesas en estío».

El centenario de fallecimiento del primer marqués de Valdeguas y Vizconde del Valle está siendo celebrado especialmente en Extremadura—con el relieve y brillantez que requiere el célebre filósofo cuyo pensamiento—católico y españolísimo—continúa influyendo en el mundo entero.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

“Un Consejo...”

No me vengas con tantas tontunas
y deja el relato. ¡Que sé que es mu cierto!
Deja los pucheros, y atiendi a tu padri
que tan sólo quiere darte un güen consejo.

No te fies del perro que salte
y sea zalamero,
que esos respingones
aluego resultan que son mu rastreros.
¡Más lista que naide se cree la perdi
hasta que se encuentra con un perdiguero!

Y ese mozo que apenas conocis,

es mu pinchauvas

y es mu chalantero

y te tieni encocá con fanfarrias

y con pamplineos.

Te lo digo muchacha y barrunto

que ese que te ronda

no persigue n'amas que embobate

pa jacerte si puede algún feo.

¡No consiento que te jaga burla

ni s'arrime, ni te toque un pelo

porque entonces... jago panderetas
con el pellejo!

La prueba la tienes
que acá no ha venío
a pedirme si yo lo consiento.

Asina lo jacin los que son honraos,
asina lo jacin los nobles y güenos,
¡y ese tieni pinta de sé mu zorrino
y en tocante a zorro le gano la mano
porque soy más viejo...!

Y te endilgo esto, por que eres mu nuevá
y ahora no sabis ni tanto ni medio
del estrozo que sufre un cariño
recibiendo a cambio
mentiras y enreos...

Así que ya sabis, no vuelvas siquiera
a mirá pa ese cacho de escuerzo...
¡y esto te lo digo asín por las güenas,
que en tocanti a malas
te anegralo el cuerpo...

.....
No me vengas con tantas tontunas
de tanto relato, que sé que es mu cierto.
No jagas pucheros, y atiendi a tu padri
que tan sólo quiere
darte un güen consejo...

ISIDRO MELARA BERROCAL

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

Al reanudar hoy, con una segunda etapa, mis artículos intrascendentes, quiero dejar aquí testimonio de mi gratitud para cuantos se interesaron por mi modesta colaboración en ALCANTARA. Circunstancias que no son ahora del caso me alejaron momentáneamente, y a mi pesar, de estas tareas que me son tan agradables, mas restablecido ya el equilibrio de todos mis compromisos vuelvo gustosamente a establecer contacto con mis queridos lectores.

Sin embargo, ese inapreciable afecto de origen bondadoso, que no admirativo, me hace sentir algo nuevo que pesa sobre mí, algo embarazoso, por dubitativo, que me hace desechar casi todos los temas, a pesar de que sea bien comprensible la casi inexistencia en este viejo mundo de asuntos verdaderamente originales. Pero precisamente por esto, la labor de los hombres se manifiesta más complicada, porque si los efectos se producen según los ángulos desde los que se enfoca una cuestión, ¿cómo es posible que los humanos podamos desposeer de ese noble afán de superación y no sintamos las mordeduras de la duda al elegir nuestros puntos de vista?

He aquí la gran cuestión. Saber elegir nuestro punto de vista que, a la vez, sea el punto de vista de los demás. Eso es todo y bastante.

Y dicho esto sin ánimo — ¡libreme Dios! — de forzaros a poner un gesto de verdadera seriedad, trascendente, que, por otra parte, no correspondería a mi propósito, debemos proclamar, con un poco de sordina, ahora que no nos ve nadie, la inocencia, por no echar mano de otra expresión más significativa, de muchos de nuestros actos.

Debido a esto es por lo que, sin duda hemos oído hablar de la humanidad muchas veces en sentido despectivo. Hasta si no nos engañamos, podemos asegurar que en numerosas ocasiones la hemos oído calificar de idiota, pero este vocablo me parece demasiado duro y aparte que nos salpica a todos, sobrepasa nuestros instintos de venganza referidos a tantísimas malas faenas como nos hace.

No; no, señores. Echemos menos lobos a la jungla.

Pero, caramba, las cosas, han de decirse como son.

Usted, —y fíjese que al registrar tal tratamiento no quiero con ello señalarle, sino que miro indefinidamente al espacio— usted, repito, un buen día (¿?) siente que le echan chirivitas los ojos. Creyendo que ello pueda obedecer a objetos extraños que flotan en la atmósfera, comienza a sacudirse manotazos alrededor de sus ojos gi-